

HIROKO OYAMADA

*Agujero*

*Traducción de Tana Oshima*



Al marido de Asa le han ofrecido un nuevo trabajo en una zona remota de Japón, próxima al hogar en que nació. Durante un verano excepcionalmente cálido, la pareja se instala junto a la casa de los suegros, entre el ensordecedor rugido de las cigarras, que todo lo invaden. Mientras su marido se entrega al trabajo, ella comienza a explorar el entorno por su cuenta. Hasta que un día se topa con una extraña criatura que no es un perro ni un mapache ni un ser humano. Asa la sigue hasta el terraplén de un río, entre altos pastos que le llegan por las rodillas, y cae en un agujero que parece haber sido creado para ella, y en el que, en cierto modo, queda atrapada para siempre. ¿Está viendo niños fantasma? ¿Se ha convertido lo sobrenatural en parte de su vida?

# **Agujero**

**M**e mudé a este lugar con mi marido a finales de mayo, cuando le anunciaron en el trabajo que lo destinarían a otra oficina, dentro de la misma provincia pero casi en la frontera, en pleno campo. Como en ese mismo municipio viven sus padres, llamó a mi suegra para preguntarle si no conocía alguna casa que pudiésemos alquilar. «¿Y por qué no vivís en la que tenemos justo al lado?». «¿Al lado?». «Sí, ya sabes, en la casa que tenemos en alquiler. Se acaba de vaciar». Yo estaba sentada junto a mi marido y la voz de mi suegra me llegó con nitidez. ¿Desde cuándo tenían una casa en alquiler al lado de la suya? ¿Por qué nunca había oído hablar de ella?

«Se fueron este mismo abril. Eran una familia de cuatro. El padre compró otra casa y la fue pagando poco a poco, y al final se mudaron. Eran buena gente. Antes de irse me trajeron una caja grande de mandarinas de Kumamoto para darme las gracias por todo. ¿No los llegaste a conocer, Muneaki? Los Kato, que tenían dos niños, el pequeño con el pelo rizado...». «No, no creo». Sobre una hoja que había en la mesa escribí: «¿Es una casa independiente?», y le enseñé la nota a mi marido. Él asintió, estiró la mano y anotó sobre la misma hoja: «Dos pisos». Mi suegra siguió hablando. «Así que ahora la casa está vacía. La inmobiliaria ya la ha anunciado, pero parece que todavía no ha venido nadie a preguntar por ella. Si queréis vivir ahí, se lo comunico a la agencia para que lo quiten ya mismo. ¿Os interesa?». «El alquiler era barato si mal no recuerdo, ¿no?», preguntó mi marido con entusiasmo. «Claro que es barato, esto es un pueblo. Cincuenta y dos mil yenes. ¿Os

animáis?». De pie frente al teléfono analógico, mi marido me preguntó con la mirada: «¿Qué hacemos?». Desde luego, la oferta no podía ser más oportuna. Caída del cielo. Me sentí tan agradecida que no pude por menos que asentir. Con un alquiler considerablemente más barato que el que pagábamos por un apartamento de un dormitorio en la ciudad íbamos a poder vivir en una casa de dos pisos. «Sí, nos encantaría. Cincuenta mil yenes es bastante menos de lo que pagamos ahora...». «Pero ¿qué dices? No tienes que pagar ningún alquiler». «¿Cómo que no?». «Que no, que no. Mejor que ahorres ese dinero, para el futuro. Bueno, están los impuestos y otras formalidades, pero aparte de eso no necesitamos el dinero. Qué tontería, cobrarle a mi propio hijo. Además, la hipoteca ya está pagada y tampoco es que la casa esté nueva». Mi marido volvió a interrogarme con la mirada, pero por supuesto yo no tenía nada que objetar. Agradecimiento, eso era lo que sentía, un profundo agradecimiento. Lo único que me inquietaba es que no conseguía recordar aquella casa que sin duda tenía que haber visto cada vez que visitábamos a mis suegros. No me acordaba ni del tamaño ni del color de la fachada ni de cómo era el jardín. Supuse que si no la recordaba era porque ni era una mansión lujosa ni tenía tan mal aspecto como para que me llamase la atención. A decir verdad, tampoco es que tuviese un recuerdo nítido de la fachada de la casa de mis suegros. Si intento hacer memoria, lo único que me viene a la cabeza son imágenes fragmentadas: el panel solar en el tejado, o el jardín con unos pocos árboles.

«Tenía aparcamiento, ¿verdad?». «Sí, solo una plaza. Aquí no se puede vivir sin coche». «Supongo que en coche no tardaré más de media hora en llegar al trabajo... ¡Gracias! ¿Estás segura de que no quieres que paguemos nada?». «Ya te he dicho que el papeleo sí, pero por lo demás, no, nada de nada. ¿De qué me sirve cobrarte cincuenta y dos mil yenes? Se lo comunicaré enseguida a la

inmobiliaria». «Gracias. La verdad es que nos viene muy bien aligerar los gastos ahora que Asahi va a dejar de trabajar». «¿Qué? ¿Asa va a dejar el trabajo?». Mi suegra bajó un poco el tono de voz, pero aun así pude oír todo lo que decía. «Sí, le quedaría demasiado lejos». «Pero entonces... ¿no deberías mudarte tú solo? Es una pena que tenga que dejar de trabajar...». Mi marido me miró. Negué con la cabeza. No entendía por qué tendríamos que vivir separados. Mi trabajo no era estable y mi sueldo no era tan alto, sino todo lo contrario. Era más bien bajo. Mi marido asintió sin decir nada. «No, no queremos vivir separados». «Bueno, claro, todavía sois jóvenes», dijo mi suegra riéndose un poco. No éramos tan jóvenes, y desde luego no estábamos recién casados. Supuse que para ella el trabajo era algo tan importante como para considerar el vivir por separado. Me pareció realmente admirable, envidiable incluso. Mi suegra se iba a jubilar pronto, en uno o dos años, después de toda una vida trabajando en el mismo lugar. Cuando tuvo a mi marido no se cogió más que seis meses de excedencia. Siempre me pareció que las circunstancias económicas de mis suegros eran buenas, por lo que no creo que se hubiese visto obligada a trabajar. Sin duda lo hacía por gusto, porque le encantaba su trabajo o quizá el hecho en sí de trabajar. A mí no me gustaba tanto como para entregarme de esa manera. No me suponía un gran esfuerzo, pero tampoco me satisfacía en exceso. Jamás me había supuesto grandes dificultades, o al menos no de las que te hacen apretar los dientes. Simplemente nunca me sentí realizada de manera espiritual. En cambio, sí que pensaba a menudo que era demasiado y que me quitaba mucho tiempo para lo poco que me pagaban. Estaba bastante cansada... Aunque supongo que eso le pasa a todo el mundo; además, lo que yo hacía lo podía hacer cualquiera, y ya no era ni tan joven ni tan ingenua como para sentirme frustrada por ello.

Mi marido colgó el teléfono y me sonrió. «Estabas escuchando, ¿no? ¿Qué te parece? ¿No te importa que la casa esté justo al lado de la de mis padres?». «¿Por qué me iba a importar?». «No sé, por lo de nuera y suegra». Al oír aquello de «nuera y suegra» estuve a punto de soltar una carcajada. Yo nunca había albergado ningún sentimiento parecido al que evoca el concepto «nuera y suegra». No pensaba que mi suegra fuese una mujer maravillosa y perfecta, pero sin duda tenía más virtudes que defectos. Era de carácter alegre, fácil de atender, tenía las cosas claras, era disciplinada, etcétera. Si hubiésemos tenido que vivir bajo el mismo techo, me lo habría pensado dos veces, pero no tenía ningún motivo para negarme a ser su vecina. «No, para nada. Le agradezco mucho que no nos vaya a cobrar. Porque no sabemos si encontraré trabajo allí, así que es estupendo que no tengamos que pagar alquiler». «Sí, ¿verdad?», con la boca todavía entreabierta, mi marido sacó el móvil y empezó a deslizar los dedos sobre la pantalla. «¿Y a ti? ¿No te importa vivir al lado de tus padres?». Sabía que a veces a mi marido le daba pereza volver a su pueblo por Obon<sup>[1]</sup> a pesar de que ni siquiera era necesario salir de la provincia. En ocasiones íbamos a casa de mis padres porque viven más lejos y resultaba lógico darles prioridad, pero incluso cuando no era el caso, hubo años en que puso como excusa un viaje de trabajo y no fue a ver a mis suegros. «No, para nada. No sé, igual es la edad, pero hasta he sentido un poco de alivio». «¿Alivio?». Mi marido sonrió ante algo que vio en la pantalla y luego me miró durante un instante. Tiene muchos amigos, no como yo. Quizá en ese momento se lo estaba contando a todo el mundo con sus dedos veloces. *¿Sabes qué?, nos vamos a mudar, y resulta que nos vamos a mudar a la casa que está al lado de la de mis padres, ¡y el alquiler nos va a salir gratis!...*

«No sé, es que mi abuelo es muy mayor, y mis padres ya tienen sus años también, y pienso que si vivo a su lado

todos estaremos más tranquilos...». «Ah...». Subí el volumen de la tele, que había dejado en silencio. De repente, el televisor derramó el estruendo de una risa colectiva y volví a bajar el volumen. En una pradera de un lugar que claramente no era Japón, un grupo de personas de piel oscura, medio desnudas, estaban persiguiendo a un animal gigante. En sus caras y pechos tenían pintados unos dibujos blancos y amarillos, o puede que fuesen tatuajes. El animal parecía estar domesticado y llevaba enroscado en una pata algo parecido a una cuerda cuya punta ondeaba en el aire. De entre el grupo de gente apareció un comediante japonés con una falda de paja envuelta en su cuerpo grueso y blanquecino. Las personas de piel oscura llevaban unos pantalones cortos de algodón. «Vivir separados, ¿a quién se le ocurre? A lo mejor ha pensado que tengo un trabajo estable». «No lo sé... Creo que conoce tu situación». Los dedos de mi marido seguían moviéndose a toda velocidad. ¿Estaría escribiendo un email o buscando algo en internet? Hubo un tiempo en el que tenía curiosidad por saber lo que hacía, pero ya no me interesa tanto. Mientras no sea algo ilegal o flagrantemente sexual, no me molesto en intentar averiguar qué dice o escribe a amigos suyos que no conozco o que son miembros de algún grupo online.

«Por cierto, ¿ya has avisado en el trabajo de que te vas?». «Sí, hoy». «¿Intentaron retenerte?». «No, para nada». Sonreí con un poco de amargura. Sin soltar el móvil un segundo, mi marido inclinó la cabeza y dijo: «Después de haberse aprovechado tanto de ti, ¿eso es todo lo que te dan?». «Sí, eso es todo lo que me dan. Al fin y al cabo, las personas con contrato temporal solo somos tuercas. Pero si nos mudamos, allí no habrá más que trabajos temporales, ¿no? Este año cumpla treinta. La verdad es que me habría gustado tener un trabajo fijo, aunque fuese una vez en la vida». «Bueno, como no tendremos que pagar alqui-



ler, el próximo trabajo lo puedes buscar con calma». «Sí, es verdad».

Al intentar atrapar al animal, el comediante tropezó y su cuerpo se llenó de barro. Mi marido apartó los ojos del teléfono un instante para mirar hacia el televisor. «Qué imbecilidad», dijo entre risas. Yo también me reí. La mudanza tendría lugar en dos semanas.

«¿En serio? ¿Vas a dejar el trabajo? ¿Por qué?». Cuando se lo conté a una compañera de planta en el baño, levantó las cejas y me miró boquiabierta. Se estaba limpiando la frente con papel absorbente facial. Era una temporal, como yo. «A mi marido lo destinan a otra oficina y nos vamos a mudar...». «¿Ah sí? ¿A dónde?». «Aquí, pero un poco más al norte. El trayecto al trabajo sería demasiado largo para mí. Ha sido algo repentino, pero...». «Anda, pues... ¡qué suerte! ¿O no debería decir que es una suerte?», dijo con un suspiro exagerado mientras tiraba el papel absorbente en la papelera del baño. La empresa estaba ahora en su época más activa y pese a ello, por alguna razón, había habido varias bajas entre los empleados fijos (una baja por maternidad, otra por enfermedad, dos que se negaban a ir a trabajar), y eso nos estaba afectando a las temporales. Tanto ella como yo estábamos haciendo horas extra que no venían estipuladas en nuestros contratos, y pese a que nos estaban mandando hacer cosas que nunca habíamos hecho, como pedidos o servicios de atención al cliente, el sueldo base seguía siendo el mismo. La verdad es que estábamos mentalmente exhaustas. El único gesto generoso que tuvo la empresa fue un sobre con treinta mil yenes que nos entregaron el día en que los empleados fijos recibieron su paga extra de invierno. En el sobre se podían leer unas palabras impresas: «Obsequio apreciativo». Lo primero que hice fue averiguar el significado del término. Al parecer quería decir algo así como regalo humil-

de, modesto agradecimiento. Tenía entendido que la paga extra de los fijos equivalía a tres meses de sueldo, o tres y pico. Contando a la baja, serían seiscientos o setecientos mil yenes. Nuestro «obsequio apreciativo» correspondía a una veinteava parte de eso. Hundí el sobre con el dinero en el fondo de mi bolso. No me dieron ganas ni de gastarlo ni de ingresarlo en el banco. De hecho, todavía sigue ahí. De haber continuado trabajando como es debido a lo mejor me habría ganado el «obsequio apreciativo» del verano. Me pregunto si lo habrán subido a cincuenta mil yenes.

«Yo también lo quiero dejar, pero si lo dejo...». Mi compañera, tres años mayor que yo, era soltera y estaba deseando irse a vivir con la persona con la que se quería casar, pero el sueldo de él no era muy alto para ser un empleado fijo, y las cosas no les terminaban de cuadrar. No le gustaba disponer de tan poco tiempo como ahora, decía, pero lo prefería a la incertidumbre de estar en paro o de cambiar de trabajo. «Además, aunque cambiase de empresa nadie me garantiza un puesto fijo. Ahora trabajo a tiempo completo, y con las horas extra que me pagan a veces incluso gano más que él. No sé... La verdad, no creo que me vayan a mejorar las condiciones, por mucho que trabaje». Anteriormente había sido indefinida en una empresa grande, pero sufrió tal acoso psicológico por parte de su superior que tuvo que pedir ayuda profesional a un terapeuta. Un día optó por dejar su trabajo y así es como terminó aquí. «Pero la verdad es que a mí también me gustaría dejar de trabajar. ¡Me encantaría que ascendiesen a mi novio y lo trasladasen de la noche a la mañana a algún otro lugar! ¿Y tú qué vas a hacer? ¿Vas a buscarte algo allí?». «Sí, pero como es un pueblo no sé qué podré encontrar... En todo caso parece que mis suegros nos van a dejar vivir en una casa que tienen, y no nos van a cobrar alquiler, así que estaremos más tranquilos en lo que al dinero se refiere». «Entonces... ¿vas a ser ama de casa? —Mi

compañera abrió aún más los ojos—. ¡Es de ensueño!». «¿De ensueño? ¿Te parece de ensueño?». «Claro que me lo parece, que te mantengan y que puedas dedicarte a las cosas de la casa tranquilamente, a la jardinería, a hacer pan... me encantaría, ¡me encantaría!». Sacudió la cabeza de un lado a otro mientras tiraba ligeramente del chaleco del uniforme y se lo estiraba a la altura de la cadera. Acto seguido se llevó las manos a los ojos para examinarse las uñas. Una vez al mes se hacía la manicura y le dejaban las manos perfectas, pero ya habían pasado unas semanas y se le empezaba a notar la raíz de la uña. Ese tipo de esmalte no se quita con facilidad, lo tienen que disolver en el salón de belleza, pero ella tenía la manía, seguramente inconsciente, de intentar pelárselo con la otra mano. Sus uñas estaban pintadas de un violeta oscuro y sobre la punta había una pequeña piedra transparente. Aproximadamente dos tercios del esmalte habían desaparecido y eso le daba un aspecto punk. Ella me había contado que costaba seis mil yenes hacerse las dos manos y que había que pagar algo más por la piedra, pero que a ella le salía bastante más barato porque se lo hacía una amiga que trabajaba en uno de esos sitios. Yo me las pinto a veces, pero como no sé quitarme las cutículas no me quedan muy bien. Y sobre todo no tengo interés en pagar miles de yenes por ponerme una piedrecita en las uñas.

«A mí también me gustaría ser ama de casa al menos una vez en la vida... Un momento, ¿no estarás embarazada?». Negué con la cabeza. En el trabajo solo tenía confianza con ella, y no era porque no conectase bien con los que eran hijos, sino porque soy muy tímida. Aun así, nunca sentí la necesidad de confiarle mis cosas más íntimas, pero por alguna razón ella sí me contaba con pelos y señales sus angustias y preocupaciones. Que si llegaría el momento en que se le pasaría la edad de tener hijos si seguía con esta inestabilidad laboral..., que eso era algo que no podía dejar que ocurriese de ninguna manera..., pero enton-

ces qué podría hacer ella ahora... Eso era lo que más la inquietaba. Tuve la sensación de que no bastaba con negar con la cabeza, así que añadí: «Para nada, no es nada de eso». Se lavó las manos y se secó las piedrecitas de las uñas como si las estuviese puliendo. Debían de estar tan bien pegadas que, aunque el esmalte se estuviese pelando, las piedras continuaban aferrándose a las uñas hasta el final. «Ah, bueno. Pero a lo mejor cuando lo dejes y empieces a tener tiempo te quedas embarazada enseguida. Me lo cuentas si pasa, ¿eh? Prométeme que me lo vas a contar. Aunque estés lejos iré a verte seguro».

Se debía de pensar que yo quería tener un hijo, que lo deseaba tanto como ella y que yo era una pobre mujer que después de llevar varios años casada no lograba quedarse embarazada. Nunca encontré el momento para contradecir su opinión y simplemente me dejé llevar por su discurso, pero la realidad es que no tengo ese instinto maternal. No es que me niegue por completo; pienso que, si ocurre, bien, y si no, también. «Ahora hablando en serio, si vas a dar a luz es mucho mejor que estés trabajando a que seas ama de casa. Te pagan la baja por maternidad. No sé si es el Gobierno provincial o el Ayuntamiento, pero al parecer te dan una ayuda económica». «¿Ah sí?». «Sí, aunque no sé si será igual para las mujeres con un contrato temporal». Mientras decía esto se frotó el extremo de la ceja que se reflejaba en el espejo. Iba muy poco maquillada para ser una persona que se gastaba dinero en manicuras. Quizá fuese porque su cara era llamativa de por sí, con doble párpado y oscurecida por la sombra de sus pestañas largas y sin rizar. El maquillaje resaltaría demasiado sus rasgos. Tenía una tez bonita, pero el lunar de su sien, grande e hinchado, ocupaba un lugar prominente, y cuando se reía, se le podían ver todos sus dientes de plata. «Al fin y al cabo, lo mejor para un matrimonio es que los dos tengan contrato indefinido. Es mejor, personal y socialmente». «Entonces, si te ofreciesen hacerte fija,

¿aceptarías?». «¡Claro que aceptaría!», exclamó con vehemencia. Al mediodía las contratadas salían a comer. Por el contrario, las temporales comíamos sin levantarnos de la silla. Era una regla tácita. Si una empleada fija comía en su mesa de trabajo era porque o bien tenía mucho que hacer, o había tenido algún problema con su grupo habitual de amigas. No es que nos evitásemos, algunas incluso me caían bien, simplemente veníamos de lugares muy distintos. Seiscientos o setecientos mil yenes contra treinta mil. Era imposible que nos entendiésemos. Quedaban todavía unos quince minutos hasta que empezasen a llegar al baño para lavarse los dientes después de haber estado fuera comiendo y hablando. Era poco probable que entrasen ahora y nos encontrasen aquí.

«¡Es que hacemos lo mismo que las fijas y lo que nos dan a nosotras es un sobrecito para quedarse con la conciencia tranquila! –dijo enfadada–. ¡Cómo no voy a querer la paga extra! Viajaré lo que haya que viajar, iré a las reuniones que haga falta a la hora de comer, no me importa. Porque no es justo. A nosotras no nos dan ni bajas maternales. Imagínate que, si por algún casual, solo por un casual, me quedo embarazada. Me harían trabajar casi hasta salir de cuentas, luego me despedirían, y me volverían a llamar al cabo de un año o de no sé cuánto tiempo, pero solo si hay algún puesto libre que sea similar, y aun así, sería a tiempo parcial. Y tienen derecho a no llamarte si no tienen nada que ofrecerte. En cambio, si tienes contrato, te dan un año de baja maternal automáticamente y luego puedes optar a tres años de jornada reducida, y mientras tanto sigues cobrando, y aunque no sean íntegras, te dan pagas extra, y luego las Fuerzas de Autodefensa te dan no sé qué otro subsidio aparte. ¿No somos nosotras personas también? Pues claro que quiero que me contraten. ¿No me digas que a ti no te gustaría?». «No es que no quiera. Simplemente no me gustaría estar más ocupada de lo que estoy ahora...». «Oye, ¿cuánto te dieron el mes pasado

por las horas extra?». Se dio la vuelta para mirarme. De sus dientes recién cepillados salió un olor a menta de una marca distinta a la mía. «Unas decenas de miles de yenes, no mucho». «Yo, entre sesenta mil y setenta mil». «Sí, algo así fue». Aunque en vez de pagas extraordinarias nos diesen únicamente un sobrecito de consuelo, al menos nos ingresaban todas las horas extra que reclamábamos. Las reclamaciones se hacían por unidades de media hora y cada minuto que sobrepasaba la unidad y que no llegaba a la siguiente era tiempo regalado a la empresa, pero supongo que eso era algo inevitable. La cuestión, en realidad, era que ver mi sueldo aumentar temporalmente no me hacía particular ilusión. El salario base seguía siendo el mismo. «Si lo comparas con el sueldo base es mucha cantidad, ¿no? Es 1,5 veces más que cuando no trabajamos horas extra. Pero claro, también estamos echándole más tiempo. Nos tratan como a esclavas, ¡como a esclavas! Encima que somos temporales». «Pero al menos nos están pagando las horas extra. Deberíamos darnos con un canto en los dientes». «También es verdad. A mi novio, por ejemplo, no se las pagan. Las consideran parte de sus obligaciones. Todo el mundo dice que es así. Por eso sé que no sirve de nada estar siempre quejándose del trabajo... Por cierto, por culpa de esas horas extra llevamos toda la semana cenando comida precocinada del supermercado para cenar. Me da que él va a perder la paciencia en cualquier momento. ¿Cómo lo haces tú?». «Me las arreglo... Ahora llevamos cuatro días comiendo curry. Lo que hago es preparar cazuelas grandes de sopa de miso con cerdo, o estofado, u *oden*,<sup>[2]</sup> y comemos eso todos los días». «Y bastante con que cocinas. ¡Con lo que me gustaría llegar a casa y que esté la comida hecha! ¿Tu marido hace la comida cuando llega a casa antes que tú?». «No... Bueno, si se lo pidiese yo creo que lo haría una o dos veces, pero no sé...». Callé un instante para encontrar las palabras adecuadas. En ese momento ella se giró brusca-

mente hacia el espejo y exclamó con rencor hacia su propio reflejo: «Claro, es que no es como si se lo pudiésemos pedir. ¡Te entiendo perfectamente! Yo tampoco puedo decirselo, aunque me gustaría. Me gustaría decirle que cocine. Decirle: "Oye, podrías hacer la comida, aunque sea solo cuando sales de trabajar antes que yo, ¿no?". Pero no podemos, ¿verdad? ¿Por qué será? ¿Podría hablarle de igual a igual si yo también tuviese un contrato fijo?».

De reojo miré mi reloj de pulsera. Aunque el descanso de la hora de comer era para mí sagrado, en ese momento me entraron ganas de volver a mi mesa. Total, me tocaría hacer horas extra igualmente. Y las tendría que hacer incluso en mi último día también. «Y cuando tú te vayas, ¿quién va a hacer tu trabajo?». Alcé la cabeza y la miré a los ojos, a través del espejo. Ella empujó la mano derecha hacia delante y examinó las piedras de sus uñas. «Ya me toca ir a hacerme la manicura. A lo mejor con lo que me han pagado de horas extra me puedo poner más piedrecitas», susurró. Las salpicaduras blancas que habían volado hasta el espejo ya se habían secado, dejando también manchas en el reflejo de su ropa, por debajo del pecho.

Cayó un aguacero el día en que nos mudamos. Fue una excepción en medio de una temporada de lluvias demasiado seca que amenazaba con provocar una sequía. Aquel domingo llovió durante todo el día, tanto que en algunas regiones incluso se produjeron inundaciones y hubo quienes tuvieron que evacuar. El personal de la mudanza llegó a primera hora de la mañana y nos miró con pena, pero lo que me dio pena a mí fue verlos a ellos cargar muebles enormes bajo la lluvia. Una vez que nuestras pertenencias estuvieron metidas en el camión, mi marido y yo nos subimos al coche. Él puso música, pero todo era jazz o algo del estilo y me quedé dormida. Cuando me desperté ya estábamos frente a la casa de mis suegros. Mi